

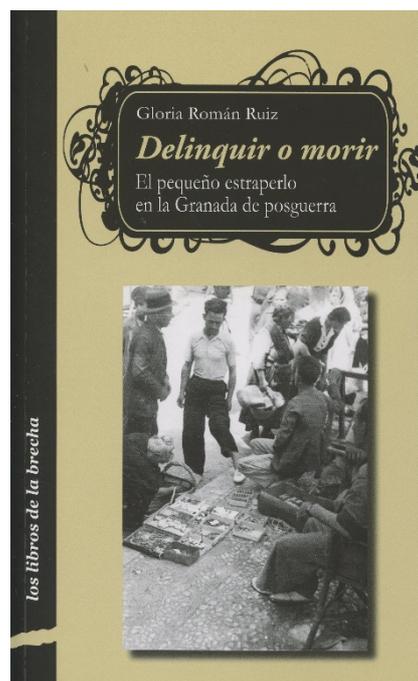
Gloria ROMÁN RUIZ: *Delinquir o morir. El pequeño estraperlo en la Granada de posguerra*, Granada, Editorial Comares, 2015, 187 pp., ISBN: 978-84-9045-277-6.

Francisco Jiménez Aguilar
Universidad de Granada

Lidiar con el hambre en la posguerra y no caer en el intento.

Cuando la carestía se cronificó una vez terminada la guerra de 1936, ¿qué hicieron una gran parte de los españoles para poder llevarse algo a la boca? ¿Cómo subsistieron durante estos años ante el paro, la escasez y la miseria? ¿Cuáles fueron las actitudes sociales que desplegaron frente a estas problemáticas que les obligaban a caminar siempre al filo de la navaja? Tristemente, la respuesta a estas preguntas sería para muchos el «estraperlo». Sin embargo, no hablamos aquí de aquel estraperlo de connotaciones lerrouxianas de unos años atrás, sino del que generó y fomentó el régimen de Franco en la posguerra. Nos referimos a ese conjunto de prácticas ilegales ligadas a un extendido mercado negro en el que se ponía en circulación a un precio superior los productos de primera y segunda necesidad que demandaba una gran mayoría bajo las penosas condiciones de desabastecimiento que conllevó la Autarquía. Unos simplemente para sobrevivir, otros para ganarse el pan, y unos pocos para enriquecerse a través del mal de muchos, hicieron de esta actividad prohibida su forma de vida durante prácticamente dos décadas. No obstante, más allá de su definición, sus dimensiones y algunas de sus cifras, aún quedaba por conocer quiénes estaban realmente detrás de él y por qué.

Ante estas cuestiones, los historiadores habían llegado a diferenciar con el paso de los años entre un gran y un pequeño estraperlo. De un lado, uno que ejercían conscientemente las élites franquistas a fin de lucrarse de las necesidades generalizadas entre la sociedad española. Del otro, el que se veían abocados a practicar aquellos que frente a la inanición no tenían nada que perder o a los que no estaban dispuestos a regirse bajo unas políticas económicas que los condenaban a la pobreza y la marginalidad a perpetuidad. Y sobre ambos, se erigía el Estado franquista, aprovechándose de premiar a unos y reprimir a otros. En una España políticamente dividida entre «vencedores» y «vencidos» un normalizado estraperlo debía poseer forzosamente más de un rostro. Es a partir de aquí desde donde se puede concebir una obra como *Delinquir o morir* (2015), una investigación a partir de la que la historiadora Gloria Román Ruiz se plantea el objetivo de dar voz a los sin voz, de adentrarse en aquel «estraperlo de miseria» de aquellos «estraperlistas del hambre» que la historia hasta hace poco prácticamente había silenciado.



El libro comienza con una reflexión historiográfica sobre los principales estudios que se han realizado sobre este tema y las fuentes que se han utilizado para adentrarse en él con la intención de plantear una aproximación diferente. Por una parte, se señala que si bien han sido muchas las investigaciones históricas que se han hecho desde diferentes perspectivas, estas acostumbraban a primar cuestiones como su impacto económico o su carácter represivo. Gradualmente, esta visión se fue abriendo en este nuevo siglo hacia otros aspectos políticos, sociales y culturales derivados de los nuevos interrogantes que han planteado las nuevas generaciones de historiadores del franquismo. Por otra parte, ante la escasez de fuentes y testigos que interpelar, las posibilidades que han ofrecido los expedientes de la Junta Administrativa de Contrabando y Defraudación, que a día de hoy se encuentran en el Archivo Histórico Provincial de Granada, junto con otro tipo de documentación de lo más heterogénea, han permitido delinear la visión microscópica del fenómeno estraperlista que caracteriza a este trabajo y que le ha llevado a alcanzar conclusiones más profundas.

Tras la introducción emprende un análisis de aquellas imágenes, noticias y columnas de opinión publicadas en los diarios locales *Idealy Patria* a través de las que la propaganda del régimen intentó envolver con otra luz los rigores de los años cuarenta. En las distintas tiradas de estos periódicos podía verse una imagen deformada de la realidad en la que parecía que todo el mundo podía nadar en la abundancia, que Franco era lo suficientemente benevolente y justo con su pueblo, y que en el exterior de la nación se vivía tal problema de desabastecimiento que carecía de comparación alguna con la situación nacional. En un contexto así, vivir en la España de Franco podía parecer como habitar un oasis en mitad de aquel oscuro desierto europeo. Pero, nada más lejos de la realidad, esta propaganda falaz y desaprensiva era publicada con la intención de construir una imagen de tranquilidad y de buen funcionamiento que permitiese sobreponerse al descontento social, a la par que transmitir a una parte de la población los ideales franquistas. Con la tinta sobre papel el régimen franquista quería empezar a construir su «Nueva España».

A partir de aquí, Román Ruiz intenta esbozar, con una parte de los datos documentales que nos ofrecen los expedientes, cuál pudo ser el perfil sociológico de los paupérrimos estraperlistas granadinos. Su clase, profesión, sexo, estado civil, edad y antecedentes políticos, le ayudan a delinear esa imagen ordinaria que pudieron poseer, tan difícil de ilustrar desde el presente. Si bien según ella puede apuntarse que los estraperlistas eran por lo general pobres de solemnidad, pertenecientes a las clases más bajas y a aquellos vencidos durante la guerra civil, de igual modo, también eran de ambos géneros y usualmente poseían algún tipo de carga familiar que hacía su supervivencia aún más ardua. Como bien apunta en este capítulo, «das entrañas del pequeño estraperlo estaban habitadas por grupos humanos más o menos próximos a la marginalidad» (p. 51), por lo tanto, el éxito o el fracaso de sus actividades estraperlistas determinaba el que pudieran escapar o hundirse todavía más en la penuria que les rodeaba.

Consecuentemente, esta frágil situación llevó a los estraperlistas a desplegar un abanico de actitudes sociales que podían traducirse en estrategias de «subsistencia-resistencia» contra el franquismo. Frente a tal contexto había que llegar hasta el punto de quebrar las leyes para mantenerse con vida, y ese intento de sobrevivir estaba lejos, como hasta ahora se había pensado, de carecer de un verdadero sentido político: ante todo tenían que resistir. En la última década ha despertado un gran interés el estudio de las actitudes sociales entre los historia-

dores del franquismo. Asimismo, desde diferentes ángulos se está incidiendo en los diferentes tipos y contextos de consentimiento y disconformidad ciudadana, influenciados por las reflexiones de antropólogos, politólogos y sociólogos contemporáneos como James C. Scott. A través de este trabajo se manifiesta un amplio conocimiento de las categorías y conceptos que está utilizando esta historiografía y se demuestra saber articularlos en su conjunto, los matices concretos que poseen con respecto al fenómeno del estraperlo y sus lógicas en el plano socio-político de la época, mucho más allá de lo que se había escrito hasta ahora.

Por una parte, diferencia cuáles fueron las armas de los estraperlistas, desde las más creativas para evadir los controles intervencionistas, cualquier delación malintencionada de un vecino o el control de la Guardia Civil, hasta las distintas estrategias que siguieron aquellos que fueron descubiertos con las manos en la masa. Por otra parte, también reflexiona sobre cómo se comportaron los ciudadanos ante esta problemática: los que la encubrieron siguiendo una «ética de la subsistencia», los que la denunciaron guiados por una cada vez más normalizada «cultura de la delación» o las «zonas grises» tan heterogéneas en su procedencia y tan semejantes en su actitud pasiva frente a las demandas delatorias de la dictadura o las súplicas desesperadas de sus iguales. En definitiva, con todo nos brinda una revisión del mosaico de actitudes sociales durante el primer franquismo desde una posición que no había sido adoptada con anterioridad.

Además, debemos apuntar la existencia en este contexto de lo que se ha denominado como una «geografía del estraperlo». Esta comprendió aquellos lugares de venta, transporte y detención del mercado negro tales como las tiendas, los kioscos, el ferrocarril, las plazas, las calles y las carreteras, entre otros, y su representación nos permite diferenciar las relaciones entre lo urbano y lo rural, entre barrios con diferentes niveles de renta o entre el espacio público, el privado y el no lugar de este periodo. Sobre ella se configuraban las ventajas que aprovecharían los estraperlistas para resistir y no ser arrestados, a la vez que las muchas desventajas con las que contarían los que de partida poseían un peor estatus socioeconómico, y por ende una mayor precariedad e incertidumbre a la hora de actuar. Al mismo tiempo, estos emplazamientos determinaban la probabilidad de ser capturados o no. Una vez empujados los pequeños estraperlistas de los espacios locales del poder hacia los barrios más pobres de la capital y de las principales redes de transporte a los caminos más tortuosos de la provincia, la vigilancia policial se orientó concienzudamente a estos últimos, donde los más vulnerables tendrían más posibilidades de caer bajo sus garras. Así, el pequeño y el gran estraperlo divergían también desde el espacio y sus condicionantes.

En último lugar, el libro concluye analizando los finales más o menos trágicos que sufrieron gran parte de estos pequeños estraperlistas. Desde una multa a la prisión, pasando por el embargo, los estraperlistas que experimentaron la desgracia de caer en las garras de los agentes de la ley franquista tuvieron que afrontar duras penas que los privaron de aquellos elementos que los sostenían con vida: sus bienes y su libertad. Puniciones que, posteriormente, desembocaban en el desastre económico del propio individuo y de su familia quedando completamente desamparados. A tenor de los resultados que nos ofrece este estudio, en unos primeros momentos la justicia franquista estaba más interesada en disuadir que en reformar a los infractores, dada la dura naturaleza punitiva de las penas y los medios de castigo empleados. Del mismo modo, hubo cierta benevolencia con las infracciones del vencedor y malevo-

lencia con las del vencido. La persecución no fue equilibrada y al final acabaron sucumbiendo bajo el peso de la justicia de Franco los mismos de siempre.

A diferencia de los trabajos clásicos sobre el tema de Carlos Barciela, José Manuel Naredo, Thomas Christiansen, y los más recientes de Miguel Ángel del Arco, Oscar J. Rodríguez e Iván Martínez, Gloria Román amplía más que ninguno los instrumentos teóricos y metodológicos para observar el fenómeno del estraperlo de los de abajo. Más allá de la estructura política, económica y jurídica del franquismo, esta profundiza la idea de Miguel Ángel del Arco del «pequeño estraperlo» o «estraperlo de los pobres» como actividad de «subsistencia-resistencia» de las clases más humildes y de los perseguidos por el régimen. Para ello, nos expone este documentado caso de estudio valiéndose de una perspectiva «desde lo local», donde responde resueltamente a interrogantes que carecían de una respuesta satisfactoria o estaban aún sin formular desde posicionamientos politológicos, feministas y culturalistas. Simultáneamente, todas estas cuestiones en torno al estraperlo son puestas en conexión con las relaciones de poder, la economía, la sociedad y la cultura franquista y su deseo de premiar a los vencedores y castigar a los vencidos. Sin duda, todo un ejemplo de que se puede extraer la complejidad de los hechos reduciendo nuestra mirada.

Pese a la fragilidad de las fuentes con las que se cuentan para estudiar este fenómeno, desde un primer momento se hace más que patente la posibilidad de realizar una lectura crítica y pormenorizada de las que disponemos: analizarlas desde abajo partiendo de una interpe-lación y un tratamiento diferente de las fuentes. Gracias a ello, a lo largo de los capítulos se lleva a cabo un desfile de casos de hombres y mujeres anónimas en el que sus voces son lúcidamente rescatadas y las distintas experiencias que vivieron afloran con toda su crudeza, enriqueciendo la fluidez y la atracción del texto. Personajes todos ellos que, pese a engrosar la lista de los ignorados de la historia, simbolizan con sus testimonios toda una época marcada por una violencia sin adjetivos.

Igualmente, es notable la profunda atención que dedica hacia las «mujeres del estraperlo», algo que otros historiadores no habían tenido suficientemente en cuenta. Las granadinas, cuyo destino parecía estar adscrito tras las puertas de sus casas, en incontables ocasiones las flanquearon para resistir contra las nuevas políticas de género impuestas por el franquismo y para luchar por su supervivencia al igual que sus coetáneos pero, indudablemente, en diferentes condiciones. Como bien reconoce, «la posguerra en Granada tuvo rostro de mujer» (p. 62). Por lo tanto, no podemos dejar de lado el hecho de que la provincia seguiría siendo durante muchos años una gran retaguardia en la que las mujeres desempeñarían un papel tan importante como en la guerra.

Una vez terminada su lectura, el lector podrá comprobar que en este libro está una parte de esa sombría Granada en la que luchaban día a día por sobrevivir aquellos granadinos que se estaban acostumbrando al pan negro y aquellas granadinas que podían vislumbrar su futuro en el hueco vacío de las alacenas. El retrato contemporáneo de la vetusta plaza de Bib Rambla, que sirve como broche final, es trazado por una mirada que otea el pasado y el presente buscando en ellos la defensa de la dignidad humana. Merece la pena rescatar aquí para acabar aquello que Rafael Chirbes escribió en una de sus novelas: «la historia es de los que saben que existe». De ahí que sea tan importante que los que la escriban dirijan una mirada comprometida hacia los que, ante los ojos del tiempo, parecen nunca haber existido. Afortunadamente, podemos decir que Gloria Román lo logra en estas páginas.